

HÉCTOR STROBEL, *Resistir es vencer. Historia militar de la intervención francesa, 1862-1867*, México, Grano de Sal, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2024, 416 pp. ISBN 978-607-598-618-0

Era común, a finales del siglo XIX, escribir historia militar en México. Los generales Ignacio Escudero y Manuel Santibáñez, Eustaquio Buena y Sóstenes Rocha, Bernardo Reyes y Porfirio Díaz reflexionaron sobre la guerra contra la intervención y el Imperio. Hoy es raro escribir historia militar. En este paisaje solitario destaca el libro *Resistir es vencer. Historia militar de la intervención francesa, 1862-1867*, escrito por Héctor Strobel. El libro acaba de salir con el sello de Grano de Sal, en coedición con la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Es un libro bien editado, acompañado de mapas útiles, hechos por Julio Morales Blanco, y ambientado con ilustraciones atractivas, en general pinturas y grabados del siglo XIX.

Héctor Strobel, especialista en las guerras de la Reforma y la intervención, dice verdades que no sabíamos sobre dos batallas que ocurrieron hace más de siglo y medio, en 1862: la del 28 de abril en las Cumbres de Acultzingo y la del 5 de mayo en Puebla, y sobre un hecho de armas que sucedió después, en 1863: el sitio de la ciudad de Puebla. El libro, de entrada, desmitifica la historia del ejército de la República que enfrentó la intervención y el Imperio. Los soldados, afirma, eran con frecuencia arrancados de sus pueblos con violencia, por medio de la leva, y tratados como prisioneros para que no escaparan. “Existía una actitud casi de desprecio hacia la tropa, por su propensión a desertar, y a menudo recibía un trato violento.”

La batalla de las Cumbres de Acultzingo, el 28 de abril de 1862, fue anunciada como una victoria para la República. No lo fue, dice Héctor Strobel. Muchos de los soldados que participaron fueron reclutados semanas antes con presos de la cárcel y leva en Puebla y Veracruz. Estaban lejos de ser hombres libres que luchaban por la independencia de su país. No recibían paga, dormían a la intemperie, a menudo no comían. “La verdad es que la refriega de las Cumbres de Acultzingo estuvo lejos de ser una victoria y resultó en grandes pérdidas

para Zaragoza.” La mitad de sus fuerzas aprovechó el desorden para desertar. Y, sin embargo, el presidente Juárez mandó condecorar a los soldados que participaron en esa batalla.

Tras la dispersión y la derrota, el general Ignacio Zaragoza tuvo que buscar refugio en la ciudad de Puebla. Sus soldados necesitaban ser encerrados en cuarteles para que no desertaran. Muchos habían sido arrebatados de sus pueblos, donde había “frialdad y apatía”, se quejó Zaragoza con Juárez. La víspera del 5 de mayo hubo reclutamientos forzosos entre hombres de 16 a 60 años en la ciudad, pero hasta los voluntarios eran vigilados. La clave de la victoria fue la resistencia del fuerte de Guadalupe, no tanto por los tetelas y zacapoaxtlas, como dice la leyenda, sino por la disciplina de la artillería del fuerte, “una unidad bien adiestrada con jefes egresados del Colegio Militar”.

La ciudad de Puebla fue sitiada por los franceses en la primavera de 1863. El sitio es hoy motivo de orgullo entre los mexicanos. Fue en realidad, dice Strobel, “uno de los episodios más destructivos, mortíferos y traumáticos de la historia de México”. El ejército francés impidió que las familias salieran de la ciudad para salvar la vida, con el propósito de ejercer presión sobre el ejército republicano, al mando del general Jesús González Ortega. El propio jefe del ejército republicano privilegió la resistencia de sus soldados sobre el sufrimiento del pueblo, al que le negó alimento. Muchos hombres, mujeres y niños murieron de hambre entre abril y mayo de 1863. “El horror y el trauma por el desastre fue tan profundo que permeó por años en la memoria colectiva de los poblanos.”

*Resistir es vencer* dedica más de la mitad del libro a las acciones del 5 de mayo y el sitio de Puebla. Pasa por alto el tercer acto del terrible drama que fue vivido allí durante la intervención. “Esta ciudad cayó el 2 de abril.” Es todo lo que dice del asalto y la toma de Puebla en 1867, que precipitó el final del Imperio de Maximiliano. Fue una de las batallas más celebradas a finales del siglo XIX. Hoy nadie la recuerda. Hubiera sido útil que alguien con la solvencia de Strobel diera una versión documentada e imparcial de ese hecho de armas.

El desenlace de la guerra es abreviado en el libro. Hay un error al decir, hacia el final, que “Querétaro cayó el 15 de mayo, tras 71 días de sitio, por la defección del coronel Miguel López, quien permitió el ingreso del Batallón Supremos Poderes a la plaza por el convento

de La Cruz”. El coronel López no defeccionó. El propio Mariano Escobedo dio a conocer él mismo los detalles de la toma de Querétaro en un informe de 1887.<sup>1</sup> La noche de la rendición, dijo Escobedo, el coronel López lo buscó a nombre de Maximiliano para decirle que, a las tres de la madrugada, podría disponer de las tropas que mandaba en el panteón del convento de La Cruz, pues el emperador rendiría su espada a las fuerzas de la República. Escobedo había ocultado ese dato en su parte de guerra, donde afirmaba que el enemigo había sido sorprendido por sus fuerzas. El general del Ejército del Norte tuvo que desmitificar, ya viejo, el desenlace del sitio de Querétaro.

Carlos Tello Díaz

*Universidad Nacional Autónoma de México*

---

<sup>1</sup> Publicado por Jorge L. TAMAYO en *Benito Juárez: documentos, discursos y correspondencia*, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1964-1970, vol. XI, pp. 971-982.